



A.:L.:G.:D.:G.:A.:D.:U.:
S.:F.:U.:
FUNDADORA, SESQUICENTENARIA, LEALISIMA y BENEMERITA
R.:L.:S.:
PARTHENON Nº 4
Jurisdicción de la M.:R.: Gran Logia del Perú
Ten.: Ord.: : Viernes 8 p.m., Jr. Washington 1125 - Lima, Perú

EL SIMBOLISMO DEL CUERPO HUMANO

R.:H.: MANLY P. HALL



**TRANSCRIPCIÓN Y PDF:
R.:H.: FRANCISCO PEGORARI GÓMEZ**

(Este escrito llegó como cortesía, no se identifica al traductor/a)

El más antiguo, el más profundo, el más universal de todos los símbolos es el cuerpo humano. Los griegos, los persas, los egipcios y los hindús consideraban que el análisis filosófico de la naturaleza trina y una del hombre era una parte indispensable de las enseñanzas éticas y religiosas. Los Misterios de todas las naciones enseñaban que las leyes, elementos y poderes del universo se resumían en la constitución humana; que todo lo que existía fuera del hombre tenía su análogo dentro del hombre. El universo, siendo inmensurable en su inmensidad e inconcebible en su profundidad, estaba más allá de la estimación mortal. Hasta los mismos dioses comprendían sólo una parte de su inaccesible gloria que era su fuente. Cuando está temporalmente impregnado con entusiasmo divino, el hombre puede trascender por un breve momento las limitaciones de su propia personalidad y contemplar en parte ese celestial resplandor en el que se baña toda la creación. Pero aún en sus períodos de mayor iluminación el hombre es incapaz de imprimir en la sustancia de su alma racional una imagen perfecta de la expresión multiforme de la actividad celestial.

Reconociendo la inutilidad de tratar de afrontar intelectualmente aquello que trasciende la comprensión de las facultades racionales, los primeros filósofos desviaron su atención de la inconcebible Divinidad al hombre en sí mismo, dentro de los estrechos confines de cuya naturaleza encontraron manifestados todos los misterios de las esferas externas. Como resultado natural de esta práctica se fabricó un sistema teológico secreto en el cual se consideró a Dios como el Gran Hombre y, viceversa, al hombre como el pequeño Dios. Continuando esta analogía, el universo fue considerado como un hombre y, por el contrario, el hombre como un universo en miniatura. El universo mayor fue denominado el *Macrocosmos* -el Gran Mundo o Cuerpo- y la Vida Divina o entidad espiritual que controla sus funciones fue llamada el *Macroprosophus*. El cuerpo del hombre, o el universo humano individual, fue llamado el *Microcosmos*, y la Vida Divina o entidad espiritual que controla sus funciones fue llamada *Microprosophus*.

Los Misterios paganos se ocupaban primariamente de instruir neófitos en la verdadera relación que existe entre el *Macrocosmos* y el *Microcosmos*, en otras palabras, entre Dios y el hombre. Por consiguiente, la clave de estas analogías entre los órganos y funciones del hombre *Microcósmico* y las del Hombre *Macrocósmico* constituyó la posesión más preciada de los primeros iniciados.

En *Isis Sin Velo*, H. P. Blavatsky resumió el concepto pagano del hombre de la siguiente manera: "El hombre es un mundo pequeño, un microcosmos dentro del gran universo. Como un feto, está suspendido -por sus *tres* espíritus- en la matriz del macrocosmos; y mientras su cuerpo terrestre está en constante armonía con su madre tierra, su alma astral vive al unísono con el *anima mundi* sideral. El es en ello, como ello es en él, ya que el elemento que penetra el mundo llena todo el espacio y es el espacio mismo, sólo que ilimitado e infinito. Con respecto a su tercer espíritu, el divino ¿qué es sino un rayo infinitesimal, una de las incontables radiaciones que proceden directamente de la Más Alta Causa, la Luz Espiritual del Mundo? Esta es la trinidad de naturaleza orgánica e inorgánica -la espiritual y la física- que son tres en una y de la cual Proclus dice 'La primera mónada es el Dios Eterno; la segunda, la eternidad; la tercera, el paradigma, o patrón del universo;' los tres que constituyen la Triada Inteligible."

Mucho antes de la implantación de la idolatría en la religión, los primeros sacerdotes hicieron que la estatua de un hombre se colocara en el santuario del templo. Esta figura humana simbolizaba el Poder Divino en todas sus intrincadas manifestaciones. De esta manera los sacerdotes de la antigüedad aceptaron al hombre como su libro de texto, y a través del estudio de él aprendieron a entender los misterios más grandes y más abstrusos del plan celestial del cual ellos eran una parte. No es improbable que esta figura misteriosa que vigilaba los altares primitivos fuera realizada algo así como un maniquí y, como ciertas manos emblemáticas en las escuelas de Misterios, fue cubierta con jeroglíficos tallados o pintados. La estatua puede haberse abierto, de manera que mostraba las posiciones relativas de los órganos, huesos, músculos, nervios y otras partes. Después de siglos de

investigación, el maniquí se convirtió en una masa de jeroglíficos intrincados y figuras simbólicas. Todas las partes tenían su significado secreto. Las medidas formaron un estándar básico por medio de las cuales era posible medir todas las partes del cosmos. Era un emblema glorioso compuesto por todo el conocimiento poseído por los sabios y hierofantes.

Luego vino la era de la idolatría. Los Misterios decayeron desde adentro. Los secretos se perdieron y nadie conoció la identidad del hombre misterioso que vigilaba el altar. Se recordó solamente que la figura era un símbolo sagrado y glorioso del Poder Universal, y finalmente llegó a ser admirado como un dios, el Uno en cuya imagen se hizo el hombre. Habiendo perdido el conocimiento del propósito por el cual se construyó originalmente el maniquí, los sacerdotes rindieron culto a esta efigie hasta que al final su falta de comprensión espiritual tumbó el templo en ruinas sobre sus cabezas y la estatua se desmoronó con la civilización que había olvidado su significado.

Siguiendo el supuesto de los primeros teólogos de que el hombre es realmente ideado a la imagen de Dios, las mentes iniciadas de edades pasadas erigieron la estupenda estructura de la teología sobre la base del cuerpo humano. El mundo religioso de hoy es casi totalmente ignorante del hecho de que la ciencia de la biología es la fuente primera de sus doctrinas y principios. Muchos de los códigos y leyes que los modernos divinos creen que fueron revelaciones directas de la Divinidad son en realidad el fruto de años de paciente ahondar en los intrincados detalles de la constitución humana y las maravillas infinitas reveladas por dicho estudio.

En casi todos los libros sagrados del mundo se puede rastrear una analogía anatómica. Esto es más evidente en sus mitos de la creación. Cualquiera que esté familiarizado con la embriología y obstetricia no tendrá dificultad en reconocer la base de la alegoría con respecto a Adán y Eva y el Jardín del Edén, los nueve grados de los Misterios Eleusinos y la leyenda brahmánica de las encarnaciones de Vishnu. La historia del Huevo Universal, el mito escandinavo de Ginnungagap (la grieta oscura en el espacio en la cual se sembró la semilla del mundo) y el uso del pez como el

emblema del poder generador paterno, todo muestra el verdadero origen de la especulación teológica. Los filósofos de la antigüedad se dieron cuenta que el hombre mismo era la clave del acertijo de la vida, porque era la imagen viva del Plan Divino y en las eras futuras la humanidad también llegará a darse cuenta más en detalle de la importación solemne de aquellas antiguas palabras: "El verdadero estudio de la humanidad es el hombre."

Tanto Dios como el hombre tienen una constitución doble, de la cual la parte superior es invisible y la inferior visible. En ambos hay también una esfera intermedia, marcando el punto donde esas naturalezas visible e invisible se tocan. Como la naturaleza espiritual de Dios controla Su forma universal objetiva -que es en realidad una idea cristalizada- así la naturaleza espiritual del hombre es la causa invisible y el poder controlador de su personalidad material visible. De esta manera es evidente que el espíritu del hombre guarda la misma relación con su cuerpo material que Dios guarda con el universo objetivo. Los Misterios enseñaban que el espíritu, o la vida, era anterior a la forma y que lo que es anterior incluye todo lo que es posterior a sí misma.

Siendo el espíritu anterior a la forma, esta última, por lo tanto, está incluida dentro del reino del espíritu. Es también una declaración o creencia popular que el espíritu del hombre está dentro de su cuerpo. Sin embargo, de acuerdo con las conclusiones de la filosofía y la teología, esta creencia es errónea, ya que el espíritu primero circunscribe un área y luego se manifiesta dentro de ella. Hablando filosóficamente, siendo una parte del espíritu, la forma está dentro del espíritu; pero el espíritu es más que la suma de la forma, por lo tanto, como la naturaleza material del hombre está dentro de la suma del espíritu, así también la Naturaleza Universal, que incluye todo el sistema sideral, está dentro de la esencia reinante de Dios, el Espíritu Universal.

Según otro concepto de la sabiduría antigua, todos los cuerpos -sean espirituales o materiales- tienen tres centros que los griegos llamaban el centro *superior*, el centro *medio* y el centro *inferior*. Aquí se notará una aparente ambigüedad. Es imposible hacer un diagrama o simbolizar apropiadamente las verdades mentales abstractas, porque la representación diagramática de un

aspecto de las relaciones metafísicas puede ser una real contradicción de algún otro aspecto. Mientras que eso que está arriba generalmente se considera superior en dignidad y poder, en realidad aquello que está en el centro es superior y anterior tanto a aquello que se dice que está arriba y aquello que se dice que está abajo. En consecuencia, debe decirse que lo primero -que se considera que está arriba- realmente está en el centro, mientras que los otros (que se dice están arriba o abajo) están en realidad abajo. Este punto puede simplificarse más si el lector considerara *arriba* como si se indicara el grado de proximidad a la fuente y *abajo* como si se indicara el grado de distancia desde la fuente, esa que está situada en el centro real y que es la distancia relativa, que son los diferentes puntos a lo largo del radio desde el centro hacia la circunferencia. En asuntos concernientes a la filosofía y la teología, *arriba* puede considerarse hacia el centro y *abajo* hacia la circunferencia. El centro es el espíritu; la circunferencia es la materia. En consecuencia, *arriba* está hacia el espíritu junto a una escala ascendente de espiritualidad; *abajo* está hacia la materia junto a una escala ascendente de materialismo. El último concepto está expresado en parte por el vértice de un cono que, cuando es visto desde arriba, se ve como un punto en el centro exacto de la circunferencia formada por la base del cono.

Estos tres centros universales -el de arriba, el de abajo y el vínculo que los une- representan tres soles o tres aspectos de un sol, centros de resplandor. Estos también tienen sus análogos en los tres grandes centros del cuerpo humano que, como el universo físico, es una fabricación demiúrgica. "El primero de estos [soles]," dice Thomas Taylor, "es análogo a la luz cuando se la ve subsistiendo en su fuente, el sol; el segundo, a la luz que inmediatamente procede del sol; y el tercero, al esplendor comunicado a otras naturalezas por esta luz."

Debido a que el centro superior (o espiritual) está en el medio de los otros dos, su análogo en el cuerpo físico es el corazón, el órgano más espiritual y misterioso en el cuerpo humano. El segundo centro (o el vínculo entre los mundos superiores e inferiores) se eleva a la posición de la más grande dignidad física, el cerebro. El tercer centro (o inferior) está relegado a la posición

de menor dignidad física pero mayor importancia física, el sistema generativo. De esta manera el corazón es simbólicamente la fuente de vida; el cerebro el vínculo por el cual, a través de la inteligencia racional, se unifican la vida y la forma; y el sistema generativo -o creador infernal- la fuente de ese poder por el cual se producen los organismos físicos. Los ideales y aspiraciones del individuo dependen en gran medida de cuál de estos tres centros de poder predomina en alcance y actividad de expresión. En el materialista el centro inferior es el más fuerte, en el intelectualista el centro superior; pero en el iniciado el centro medio -al bañar los dos extremos en una inundación de resplandor espiritual- controla saludablemente tanto la mente como el cuerpo.

Como la luz da testimonio de vida -que es su fuente- así la mente da testimonio del espíritu y la actividad en un plano aún más inferior es testigo de la inteligencia. De esta manera la mente da testimonio del corazón, mientras que el sistema generativo, a su vez, da testimonio de la mente. Por consiguiente, la naturaleza espiritual se simboliza más comúnmente por el corazón; el poder intelectual por un ojo abierto, que simboliza la glándula pineal o el ojo cíclope, que es el Jano de dos caras de los Misterios paganos; y el sistema generativo por una flor, un cayado, una copa, o una mano.

Mientras que todos los Misterios reconocían al corazón como el centro de la conciencia espiritual, con frecuencia decididamente ignoraron este concepto y usaron el corazón en su sentido exotérico como el símbolo de la naturaleza emocional. En esta disposición el centro generativo representaba el cuerpo físico, el corazón el cuerpo emocional y el cerebro el cuerpo mental. El cerebro representaba la esfera superior, pero después de que los iniciados pasaban a través de los grados inferiores, se les instruía que el cerebro era el poder de la llama espiritual que vive en los recovecos más recónditos del corazón. Antes de que pase mucho tiempo el estudiante de esoterismo descubre que los antiguos con frecuencia recurrían a varios subterfugios para esconder las verdaderas interpretaciones de sus Misterios. La sustitución del cerebro por el corazón era uno de estos subterfugios.

Los tres grados de los Misterios antiguos eran dados, con pocas excepciones, en cámaras que representaban los tres grandes centros de los cuerpos humano y Universal. Si era posible, el templo mismo era construido con la forma del cuerpo humano. El candidato entraba entre los pies y recibía el grado más alto en el punto correspondiente al cerebro. De esta manera el primer grado era el misterio material y su símbolo era el sistema generativo; elevaba al candidato a través de varios grados de pensamiento concreto. El segundo grado se daba en la cámara correspondiente al corazón, pero representaba el poder medio que era el vínculo mental. Aquí el candidato era iniciado en los misterios del pensamiento abstracto y se elevaba tan alto como la mente era capaz de penetrar. Luego pasaba a la tercera cámara que, siendo análoga al cerebro, ocupaba la posición más alta en el templo, pero siendo análoga al corazón, era de la mayor dignidad. En la cámara del cerebro se daba el misterio del corazón. Aquí el iniciado por primera vez comprendía el significado de esas palabras inmortales: "Como un hombre piensa en su corazón, así es él." De la misma forma que hay siete corazones en el cerebro, así también hay siete cerebros en el corazón; pero este es un asunto de supra física de lo cual poco se puede decir en el momento actual.

Proclo escribe sobre este tema en el primer libro de *Sobre la Teología de Platón*: "En realidad, Sócrates en el (Primer) Alcibiades correctamente observa que el alma que entra dentro sí misma contemplará todas las otras cosas y la deidad misma. Por tender a su propia unión -y al centro de toda la vida- dejando de lado la multitud y la variedad de todos los múltiples poderes que ella contiene, asciende a la atalaya más alta de los seres. Y como en el más santo de los misterios dicen que los místicos al principio se encontraron con la multiforma -y muchos géneros de formas- que son lanzados ante los dioses, pero al ingresar al templo, impasibles y custodiados por los ritos místicos, genuinamente recibían en sus pechos [corazón] iluminación divina y despojados de sus vestimentas, como ellos dirían, participaban de una naturaleza divina; lo mismo, como me parece a mí, sucede en la especulación de los todos. El alma, cuando mira las cosas posteriores a sí

misma, contempla las sombras e imágenes de seres, pero cuando ella misma se convierte en ella misma, su propia esencia evoluciona y las razones que contiene. Y al principio, realmente ella es como si solamente se contemplara a sí misma; pero, cuando penetra más profundamente en el conocimiento de sí misma, encuentra en sí misma tanto el intelecto como los órdenes de los seres. Sin embargo, cuando ella se adentra en sus recovecos interiores, y dentro del ádito (sic) como si fuera del alma, percibe con el ojo cerrado [sin la ayuda de la mente inferior] el género, los dioses y las unidades de los seres. Todas las cosas están en nosotros físicamente y a través de esto somos naturalmente capaces de conocer todas las cosas, excitando los poderes y las imágenes de todo cuanto contenemos."

Los iniciados de la antigüedad advertían a sus discípulos que una imagen no es una realidad sino meramente la objetualización de una idea subjetiva. Las imágenes de los dioses no fueron diseñadas para ser objetos de adoración sino para ser consideradas meramente como emblemas o recordatorios de poderes y principios invisibles. De manera similar, el cuerpo del hombre no debe ser considerado como el individuo sino solamente como la casa del individuo, de la misma manera que el templo era la Casa de Dios. En un estado de pesadez y perversión, el cuerpo del hombre es la tumba o prisión de un principio divino, en un estado de desenvolvimiento y regeneración, es la Casa o Santuario de la Deidad por cuyos poderes creativos fue ideado. "La personalidad está suspendida en un hilo de la naturaleza del Ser," dice la obra secreta. El hombre es en esencia un principio permanente e inmortal; solamente sus cuerpos pasan a través del ciclo de nacimiento y muerte. Lo inmortal es la realidad; lo mortal es la irrealidad. Durante cada período de vida terrestre, la realidad mora en la irrealidad, para ser liberada de ella temporalmente por la muerte y permanentemente por la iluminación.

Al ser generalmente vistos como politeístas, los paganos obtuvieron esta reputación no porque rendían culto a más de un Dios, más bien porque personificaban los atributos de este Dios, creando así un panteón de deidades posteriores que manifestaban una parte de lo que el Único Dios manifestaba como un todo. Por lo

tanto, los diferentes panteones de las religiones antiguas realmente representaban los atributos catalogados y personificados de la Deidad. En cuanto a esto, ellos corresponden a las jerarquías de los Cabalistas Hebreos. En consecuencia, todos los dioses y diosas de la antigüedad tienen sus analogías en el cuerpo humano, como también las tienen los elementos, planetas y constelaciones que fueron asignados como vehículos adecuados para estos celestiales. Cuatro centros corporales les son asignados a los elementos, los siete órganos vitales a los planetas, las doce partes y miembros principales al zodiaco, las partes invisibles de la naturaleza divina del hombre a varias deidades super mundanas, mientras que se declaraba que el Dios oculto se manifestaba a través de la médula en los huesos.

Para muchos es difícil darse cuenta de que ellos son universos reales; que sus cuerpos físicos son una naturaleza visible a través de cuya estructura las incontables ondas de vida evolutiva desenvuelven sus latentes potencialidades. Sin embargo, a través del cuerpo físico del hombre no solo evolucionan un reino mineral, un reino vegetal y un reino animal, más bien evolucionan desconocidas clasificaciones y divisiones de vida espiritual invisible. De la misma forma que las células son unidades infinitésimas en la estructura del hombre, así también el hombre es una unidad infinitésima en la estructura del universo. Una teología basada en el conocimiento y apreciación de estas relaciones es profundamente justa y verdadera.

Como el cuerpo físico del hombre tiene cinco extremidades distintas e importantes -dos piernas, dos brazos, y una cabeza; esta última gobierna las primeras cuatro- el número 5 ha sido aceptado como el símbolo del hombre. Por sus cuatro esquinas la pirámide simboliza los brazos y las piernas, y por su ápice, la cabeza; esto indica que un poder racional controla cuatro esquinas irracionales. Las manos y los pies se usan para representar los cuatro elementos, de los cuales los dos pies son tierra y agua y las dos manos, fuego y aire. Entonces, el cerebro simboliza el quinto elemento sagrado -éter- que controla y unifica los otros cuatro. Si los pies son colocados juntos y los brazos extendidos, entonces el

hombre simboliza la cruz con el intelecto racional como la cabeza o miembro superior.

Los dedos de las manos y de los pies también tienen un significado especial. Los dedos de los pies representan los Diez Mandamientos de la ley física y los dedos de las manos los Diez Mandamientos de la ley espiritual. Los cuatro dedos de cada mano representan los cuatro elementos y las tres falanges de cada dedo representan las divisiones del elemento, de manera que en cada mano hay doce partes de los dedos que son análogas a los signos del zodiaco; mientras que las dos falanges y la base de cada pulgar representan la triple Deidad. La primera falange corresponde al aspecto creativo, la segunda al aspecto preservativo y la base al aspecto generativo y destructivo. Cuando se juntan las manos, el resultado es los veinticuatro Ancianos y los seis Días de la Creación.

En el simbolismo el cuerpo está verticalmente dividido en mitades, la mitad derecha se considera la luz y la mitad izquierda la oscuridad. Para aquellos que no están familiarizados con los verdaderos significados de luz y oscuridad, la mitad derecha fue denominada espiritual y la mitad izquierda material. La luz es el símbolo de la objetividad; la oscuridad de la subjetividad. La luz es una manifestación de la vida y, en consecuencia, es posterior a la vida. Aquello que es anterior a la luz es oscuridad, en la cual la luz existe temporalmente pero la oscuridad permanentemente. Como la vida precede a la luz, su único símbolo es la oscuridad y la oscuridad es considerada el velo que debe ocultar eternamente la verdadera naturaleza del Ser abstracto y no indiferenciado.

En tiempos antiguos los hombres peleaban con su brazo derecho y defendían sus centros vitales con su brazo izquierdo, sobre el cual llevaban el escudo protector. Por lo tanto, la mitad derecha era considerada ofensiva y la mitad izquierda defensiva. Por esta razón también el lado derecho del cuerpo era considerado masculino y el lado izquierdo femenino. Varias autoridades opinan que, en la raza, el actual uso generalizado de la mano derecha es el resultado de la costumbre de restringir la mano izquierda para propósitos de defensa. Además, de la misma forma que la fuente del Ser está en la oscuridad primordial que precedía

la luz, así también la naturaleza espiritual del hombre está en la parte oscura de su ser, ya que el corazón está en el lado izquierdo.

Entre las curiosas ideas equivocadas que surgen de la falsa práctica de asociar la oscuridad con el mal, hay una que dice que varias antiguas naciones usaban la mano derecha para todas las labores constructivas y la mano izquierda sólo para aquellos propósitos denominados impuros e impropios para la vista de los dioses. Por la misma razón, con frecuencia se hacía referencia a la magia negra como el sendero de la izquierda y se decía que el cielo estaba a la derecha y el infierno a la izquierda. Además, algunos filósofos decían que había dos métodos de escritura: uno de izquierda a derecha, que era considerado el método exotérico; el otro de derecha a izquierda, que era considerado esotérico. La escritura exotérica era aquella que era hecha hacia afuera o alejada del corazón, mientras que la escritura esotérica era aquella que -al igual que el hebreo antiguo- se escribía hacia el corazón.

La doctrina secreta dice que cada parte y miembro del cuerpo están resumidos en el cerebro y -a su vez- que todo lo que está en el cerebro está resumido en el corazón. En el simbolismo, la cabeza humana se usa con frecuencia para representar la inteligencia y el autoconocimiento. Como el cuerpo humano en su totalidad es el producto más perfecto conocido en la evolución de la tierra, fue utilizado para representar a la Divinidad, el más alto estado o condición apreciable. Intentando retratar la Divinidad, los artistas con frecuencia sólo muestran una mano emergiendo de una nube impenetrable. La nube representa la Divinidad Incognoscible que las limitaciones humanas le ocultaron al hombre. La mano representa la actividad Divina, la única parte de Dios que los sentidos inferiores conocen.

La cara consiste en una trinidad natural: los ojos representan el poder espiritual que comprende; las fosas nasales representan el poder preservativo y vivificante; y la boca y las orejas representan el poder material Demiúrgico del mundo inferior. La primera esfera es eternamente existente y creativa; la segunda esfera pertenece al misterio del aliento creativo; y la tercera esfera a la palabra creativa. El universo material fue fabricado por la Palabra de Dios y los siete poderes creativos, o sonidos vocales

-que habían sido traídos a la existencia por la expresión de la Palabra- se convirtieron en los siete Elohim o Deidades por cuyo poder y ministerio se organizó el mundo inferior. Ocasionalmente, la Deidad es simbolizada por un ojo, una oreja, una nariz o una boca. Por el primero, se representa la conciencia Divina; por la segunda, el interés Divino; por la tercera, la vitalidad Divina; y por la cuarta, el orden Divino.

Los antiguos no creían que la espiritualidad hacía a los hombres justos o racionales, más bien que la justicia y la racionalidad hacían espirituales a los hombres. Los Misterios enseñaban que la iluminación espiritual solo se lograba al traer la naturaleza inferior hasta determinado estándar de eficiencia y pureza. Por lo tanto, los Misterios se establecieron con el propósito de desarrollar la naturaleza del hombre de acuerdo a ciertas reglas fijas que, cuando se seguían fielmente, elevaban la conciencia humana hasta un punto donde era capaz de conocer su propia constitución y el verdadero propósito de la existencia. Este conocimiento de cómo la múltiple constitución del hombre podía ser regenerada más rápida y completamente, hasta el punto de la iluminación espiritual, constituía la doctrina secreta o esotérica, de la antigüedad. Algunos órganos y centros aparentemente físicos son en realidad los velos o envolturas de los centros espirituales. ¿Cuáles eran y cómo podían ser desarrollados? nunca le fue revelado al no regenerado, porque los filósofos se dieron cuenta de que una vez entiende el funcionamiento completo de cualquier sistema, un hombre puede lograr un fin establecido sin estar calificado para manipular y controlar los efectos que ha producido. Por esta razón se impusieron largos períodos de prueba, para que el conocimiento de cómo ser como los dioses pueda permanecer como la única posesión de los merecedores.

Sin embargo, para no perder ese conocimiento, fue ocultado en alegorías y mitos que no tenían sentido para el profano pero eran obvios para aquellos familiarizados con esa teoría de redención personal que fue el fundamento de la teología filosófica. Se puede citar al mismo cristianismo como ejemplo. Todo el Nuevo Testamento es en realidad una exposición ingeniosamente oculta de los procesos secretos de la regeneración humana. Los

personajes que por mucho tiempo han sido considerados hombres y mujeres históricos, son realmente la personificación de ciertos procesos que se llevan a cabo en el cuerpo humano cuando el hombre comienza la tarea de liberarse conscientemente de la atadura de la ignorancia y la muerte.

Las vestimentas y adornos supuestamente usados por los dioses también son claves, porque en los Misterios la ropa era considerada sinónimo de forma. El grado de espiritualidad o materialismo de los organismos era representado por la calidad, belleza y valor de las vestimentas usadas. El cuerpo físico del hombre fue visto como la túnica de su naturaleza espiritual; en consecuencia, cuanto más desarrollados eran sus poderes super sustanciales, más gloriosa era su ropa. Por supuesto, originalmente la ropa se usaba mas como adorno que como protección; y dicha práctica aún prevalece entre muchos pueblos primitivos. Los Misterios enseñaban que los únicos ornamentos duraderos del hombre eran sus virtudes y dignas características; que se vestía con sus propios logros y se adornaba con su formación. De esta manera, la túnica blanca era símbolo de pureza, la túnica roja de sacrificio y amor y la túnica azul de altruismo e integridad. Debido a que se decía que el cuerpo era la túnica del espíritu, las deformidades mentales o morales se mostraban como deformidades del cuerpo.

Al considerar el cuerpo del hombre como la regla de medición del universo, los filósofos decían que todas las cosas se asemejan en constitución -si no en forma- al cuerpo humano. Por ejemplo, los griegos decían que Delfos era el ombligo de la tierra, ya que el planeta físico fue visto como un gigantesco ser humano que estaba retorcido en forma de una pelota. En contraposición con la creencia de la cristiandad de que la Tierra es una cosa inanimada, los paganos consideraban no sólo a la tierra, sino también a todos los cuerpos siderales como criaturas individuales que poseían inteligencias individuales. Incluso fueron más lejos al ver los diferentes reinos de la Naturaleza como entidades individuales. Por ejemplo, el reino animal fue visto como un ser, un compuesto de todas las criaturas que componen ese reino. Esta bestia prototípica era una personificación mosaica de todas las inclinaciones

animales y dentro de su naturaleza existía todo el mundo animal, de la misma forma que la especie humana existe dentro de la constitución del Adán prototípico.

De la misma manera, las razas, naciones, tribus, religiones, estados, comunidades y ciudades, fueron vistos como entidades compuestas, cada una constituida por diferentes números de unidades individuales. Cada comunidad tienen una individualidad que es la suma de las actitudes individuales de sus habitantes.

Cada religión es un individuo cuyo cuerpo está constituido por una jerarquía y una vasta multitud de adoradores individuales. La organización de cualquier religión representa su cuerpo físico y sus miembros individuales la vida celular que constituye este organismo. Por consiguiente, las religiones, las razas y las comunidades -al igual que los individuos- atraviesan las *Siete Edades* de Shakespeare, ya que la vida del hombre es un estándar por el cual se estima la perpetuidad de todas las cosas.

De acuerdo con la doctrina secreta, el hombre, a través del refinamiento gradual de sus vehículos y la siempre creciente sensibilidad resultante de ese refinamiento, está gradualmente superando las limitaciones de la materia y se está desenredando de su rollo mortal. Cuando la humanidad haya completado su evolución física, el cascarón vacío del materialismo que ha dejado atrás será usado por otras ondas de vida como escalones para su propia liberación. La tendencia del crecimiento evolutivo del hombre es siempre hacia su propia Personalidad esencial. Por lo tanto, en el punto del materialismo más profundo, el hombre está a la distancia más grande de Sí mismo. De acuerdo con las enseñanzas de los Misterios, no toda la naturaleza espiritual del hombre encarna en la materia. El espíritu del hombre se muestra diagramáticamente como un triángulo equilátero con una punta hacia abajo. Este punto inferior, que es un tercio de la naturaleza espiritual pero en comparación a la dignidad de los otros dos es mucho menor a un tercio, desciende a la ilusión de la existencia material por un breve espacio de tiempo. Aquello que nunca se viste en la envoltura de la materia es el *Anthropos* Hermético -el Hombre Superior- análogo a los Cíclopes o *demonios* guardianes de los griegos, el *ángel* de Jacobo Böhme y la Superalma de Emerson,

"esa Unidad, esa Superalma, dentro de la cual está contenido el ser particular de todos los hombres y se hace uno con todo lo otro."

En el nacimiento solamente una tercera parte de la Naturaleza Divina del hombre se disocia temporalmente de su propia inmortalidad y se encarga del sueño del nacimiento y la existencia física, animando con su propio entusiasmo celestial un vehículo compuesto de elementos materiales, parte de y atado a la esfera material. En la muerte esta parte encarnada despierta del sueño de la existencia física y se reúne una vez más con su condición eterna. Este descenso periódico del espíritu en la materia se denomina la *rueda de la vida y la muerte*, y los principios involucrados son tratados en detalle por los filósofos bajo el tema de metempsicosis.

Por la iniciación en los Misterios y un cierto proceso conocido como teología operativa, trasciende esta ley de nacimiento y muerte y durante el curso de la existencia física esa parte del espíritu que está dormida en forma se despierta sin la intervención de la muerte -el Iniciador inevitable- y es conscientemente reunificada con el *Anthropos* o la sustancia dominante de sí mismo.

Al mismo tiempo, este es el propósito principal y el logro consumado de los Misterios: que el hombre se haga consciente y conscientemente se reunifique con la fuente divina de sí mismo sin probar la disolución física.

